

Japón y la revolución filipina: imagen y leyenda

Grant K. Gowwan²⁶⁸

En una época de contactos más amplios y más profundos, no es desaconsejado analizar algunos de los hechos del periodo anterior. Seguramente, con una comprensión del pasado más objetiva y razonable tanto los ciudadanos como los académicos tendrán más conocimientos y una mayor disposición para analizar el presente y anticipar el futuro. Aunque yo soy por formación un historiador de Japón conozco una zona del Sudeste asiático, las Filipinas, bastante bien, al haber

²⁶⁸ El autor es Profesor de historia japonesa y Director del East Asian Studies Center de la Universidad de Kansas .

realizado cuatro visitas de investigación en los años recientes. Además, he investigado ampliamente en archivos japoneses y filipinos y me he familiarizado, como espero muestren mis publicaciones, con las relaciones filipino-Japonesas en la segunda mitad del siglo XIX y las primeras cuatro décadas del siglo XX.

Filipinas, el área del sudeste asiático más cercana a Japón geográficamente, ha tenido contactos con Japón por lo menos desde el siglo XVI y tanto en Japón como en Filipinas ha surgido lo que se podrían llamar «escuelas de pensamiento» sobre la naturaleza de estos contactos. Para el propósito de esta conferencia, denominaré a estas escuelas «escuela de apropiación» (seizure school) y «escuela de redención» (redemption school).

Los filipinos de la escuela eran aquellos que, principalmente bajo la influencia del colonialismo español y más tarde del colonialismo estadounidense, interpretaron cada contacto japonés con Filipinas (económico, político, de inmigración) como parte de una gran conspiración, aunque encubierta, para colonizar las islas y extender la hegemonía japonesa sobre ellas. La contrapartida japonesa de los apropiacionistas filipinos eran intelectuales de izquierdas japoneses que, especialmente durante los años 20 y 30, y como parte de su retirada [138] básicamente contraproducente e hipercrítica de la vida política japonesa, juzgaban toda la política exterior japonesa en términos marxistas clásicos. Por ello percibían que los intereses japoneses en regiones como Filipinas estaban motivados únicamente por el «expansionismo imperialista burgués capitalista» o por lo que aquí denomino como apropiación.

La escuela de redención en Filipinas estaba compuesta por los filipinos que durante toda la etapa colonial percibían a los japoneses como posibles salvadores. Veían a los japoneses como compañeros asiáticos cuya proximidad territorial, orígenes étnicos y finalmente logros industriales y militares los convertían en los ayudantes naturales para la consecución de la nación filipina. El núcleo de esta escuela estaba representado por la rama de radicalismo filipino originada en el período de la revolución filipina de finales del siglo XIX, que había engendrado el sueño de que las islas sólo se podrían liberar con ayuda externa y que Japón era la única fuente lógica de ese apoyo. En Japón, la teoría de redención la mantuvieron un puñado de shishi (hombres de elevados propósitos o más específicamente, superpatriotas ultranacionales como se autodefinían) cuyas energías activistas y misteriosas cábalas románticas representaban mal su insignificancia política. Sin embargo, su panasiatismo estaba relacionado directamente con el realismo romántico del grupo de filipinos que seguían considerando a los japoneses como sus liberadores del colonialismo occidental. Aunque desde nuestro punto de vista la falta de proporción es evidente en la forma de pensar de los redencionistas filipinos y japoneses, el hecho es que, como en el caso de la escuela de apropiación, se ha creado una imagen y una leyenda acerca de las relaciones entre arribos Estados. Por ello, con estas dos imágenes en mente «apropiación y redención» y reconociendo las respectivas leyendas que han generado, déjenme probar la validez de estas imágenes desde el contexto del papel real de Japón en la Revolución filipina.

Tras dos siglos de aislamiento autoimpuesto, cuando Japón se abrió forzosamente al mundo exterior a mediados del siglo XIX, las relaciones entre Filipinas y Japón, que habían florecido brevemente en los siglos XVI y XVII, se renovaron. En 1874, una comisión imperial fue de Tokio a Manila para investigar las posibilidades de reforzar el intercambio Japón-Filipinas. En 1888, el Ministro Español en Tokio con el apoyo extraoficial del Ministro de Asuntos Exteriores, Conde Ôkuma Shigenobu, y de otros dirigentes japoneses, propuso la apertura de Filipinas a emigrantes japoneses, pero las distintas ordenes religiosas de las islas expresaron su oposición y su propuesta no se llegó a materializar nunca.

La victoria de Japón en la guerra sino-japonesa (1894-1895) y en particular la anexión japonesa

de Taiwán originó cierto temor a las autoridades españolas en las Filipinas. Para algunos filipinos, sin embargo, este acontecimiento parecía lleno de significado y esperanza. Por primera vez unos orientales, [139] emulando al occidente, habían puesto en el campo de batalla un ejército equipado con armas modernas y había vencido al grande y antiguo pero ahora decrepito imperio chino. El deseo de muchos filipinos era, por supuesto, que, como sus compañeros asiáticos de Japón, podían modernizarse y sobre todo podían afianzar su independencia nacional. Después de todo, el notable triunfo japonés era prueba positiva de que los orientales no necesariamente tenían que encontrarse en segundo plano respecto a los occidentales. El resurgir del orgullo, racial y nacional, que sentían los filipinos instruidos no se puede medir. Sin embargo, la evidencia parece clara. Los filipinos nacionalistas actuaban con condescendencia hacia los pocos japoneses que comerciaban en las islas. Los contactos con Japón aumentaron a medida que crecía el número de filipinos que iba a Japón para estudiar y, lo que era más importante aún, a buscar apoyo político para la independencia filipina. La secuencia cronológica de la victoria Japonesa (1895) y la revolución Filipina (1896) contra España es seguramente una coincidencia, pero la inspiración derivada del surgir de un poderoso Japón en el lejano Este se demuestra a través de las distintas maneras en que los revolucionarios buscaron apoyo moral y material japonés.

Antes de describir esas peticiones y la respuesta japonesa, parece importante mencionar que ninguna es importante en sí, sino que el significado real se esconde en la imagen y leyenda, la imagen de Japón como inspiración y estímulo de la independencia filipina y la leyenda de Japón como la única nación que ofrecía apoyo concreto al movimiento de independencia de Filipinas. El efecto de estos dos conceptos populares fue crear un continuo redencionista para el futuro de los movimientos revolucionarios filipinos, recurrentes en las historias de la República de Malolos, la conspiración de Hong Kong y la revuelta de Sadkal y de Tanguan, principalmente la expectativa de ayuda japonesa. Una vez más, es interesante señalar que en todos estos casos la participación de Japón fue menor que la leyenda que creció en torno a ella. Además, el papel de Japón, real o imaginado, en todos los casos surgió como una respuesta a peticiones filipinas. No significa que los japoneses no respondieran a las presiones filipinas en ninguna ocasión, sino que sólo los más románticos podían haber estado satisfechos por las infructuosas contribuciones de Japón a los revolucionarios filipinos.

Durante algún tiempo, la sociedad secreta revolucionaria filipina Katipunan (liga de patriotas) había contemplado el envío a Japón de un comité para buscar armas. Sin embargo, en mayo de 1896, cuando el barco japonés «Kongô» apareció en el puerto de Manila, los katipuneros decidieron negociar directamente con los oficiales del gobierno japonés. La historia insiste que se llegó a un acuerdo entre los revolucionarios filipinos y ciertos japoneses -misteriosamente, según la historia, con nombres falsos, una costumbre, digámoslo de pasada, más típica del Katipunan que de los Japoneses. Los supuestos [140] términos de este acuerdo no se pueden considerar como un gesto magnánimo de una gran potencia hacia su «hermano» revolucionario, dado que el Katipunan tenían que pagar 1,5 millones de pesos por 100.000 fusiles y 150 cañones y munición para las armas. El pago inicial requerido era de 300.000 pesos y el resto se pagaría en ocho plazos. Obviamente, los revolucionarios filipinos no podían cumplir semejantes requisitos financieros, y el plan, si existió, no se llegó a materializar nunca.

Una versión más creíble aunque menos atractiva del asunto de «Kongô» cuenta una confrontación entre un comandante japonés y un grupo de representantes del Katipunan. El encuentro se tenía que llevar a cabo en el Bazar Japonés, una tienda de frutos secos en Manila, cuyo empleado japonés organizó la visita. El katipunero Emilio Jacinto entregó al almirante Japonés una carta dirigida al Emperador pidiendo ayuda para la independencia filipina y sugiriendo que el papel

potencial de Japón en las Filipinas podría ser comparable al de Francia en los tiempos de la revolución norteamericana. Aparentemente avergonzado por la naturaleza de la ocasión, el almirante contestó formalmente y sin comprometerse que estaba encantado de conocer a todos los presentes y que esperaba que todos visitaran Japón, y casi como una reflexión que se unía a sus anfitriones filipinos en su deseo de asegurar la independencia. Seguramente esta historia parece más probable y más realista que la historia del supuesto acuerdo del «Kongô». No es difícil especular, como el profesor Teodoro Agoncillo ha escrito que la esperanza de atraer a los oficiales japoneses para ayudar a los filipinos en su proyectada lucha de liberación nacional se perdió en el aire»: los katipunán fabricaron los supuestos términos del suministro de armas japonesas para conseguir apoyo y para hacer propaganda de la independencia entre sus ciudadanos.

Sin embargo, los katipunán mantuvieron la esperanza de obtener armas y munición de Japón para la revuelta contra España. Según una fuente, Pío Valenzuela fue como representante de la organización revolucionaria de Filipinas a Dapital en Mindanao, en junio de 1896, a consultar con el futuro mártir José Rizal sobre la posibilidad de obtener la necesitada ordenanza en Japón. Rizal se puso de acuerdo con Valenzuela sobre la necesidad de asegurar armamento adecuado para cualquier futuro levantamiento y parece que expresó el deseo de que Japón podía jugar en los eventos filipinos un papel similar al de los Estados Unidos en la revolución de Cuba. En la misma ocasión Rizal dijo:

Cuando estaba en Japón, un ministro japonés puso a mi disposición tres barcos mercantes con los que transportar armas a las Filipinas. Escribí a un rico filipino en Manila pidiéndole que me prestase 200.000 pesos para comprar armas y [141] munición, pero se negó a prestarme. Por eso he vuelto aquí, para procurar todo lo necesario para nuestra emancipación²⁶⁹.

Al estallido de las hostilidades en Filipinas entre los revolucionarios y las autoridades españolas, el organismo del gobierno japonés más directamente interesado era el nuevo ejército taiwanés. Los japoneses estaban aun en proceso de organizar su control sobre la recientemente adquirida isla de Taiwán, y las actividades hostiles de cualquier tipo en una zona cercana a Taiwán como las próximas Filipinas eran especialmente preocupantes para el ejército responsable de la seguridad de la isla. Así, inmediatamente después del estallido de hostilidades, la sede del ejército taiwanés envió un observador militar, el teniente coronel Kususe Yoshishiko, a las Filipinas. Después de pasar varios meses en las islas, el coronel volvió a Taiwán para recomendar el envío de una persona apropiada a Manila en su lugar y para continuar informando sobre los acontecimientos. Para este puesto se eligió a Sakamoto Shirô (1872-1931), nacido en un antiguo feudo de Tosa y ya activo en asuntos relacionados con los intereses japoneses en Corea.

Sakamoto dejó Taiwán en marzo de 1897 y se mudó a una casa en el área de Binondo de Manila. En la superficie actuaba como un civil, como director de la oficina de una empresa de comercio exterior con sede en Ôsaka y como corresponsal de periódicos japoneses. En este segundo puesto tenía acceso tanto al gobierno español como a la sede de los rebeldes, y así elaboró con la sede del ejército taiwanés unos 110 informes detallados sobre los acontecimientos en Filipinas. Esta información fue especialmente valiosa, dado que aunque había un cónsul japonés en Manila, éste no podía moverse con la libertad de Sakamoto.

Sakamoto simpatizaba personalmente con la causa rebelde. El 15 de agosto de 1898.

²⁶⁹ El Dr. Pío Valenzuela dijo que Rizal lo citó en Dapital el 21 de junio de 1896. Las repitió Valenzuela en una entrevista del 2 de octubre de 1947. T.A. Agoncillo, *The Revolt of the Masses*, Universidad de Filipinas. Quezon City, 1956. pp. 131-133.

Inmediatamente después del final de la guerra de Cuba, dirigió un telegrama urgente a la sede militar de Taiwán advirtiéndole que los militares independentistas estaban en peligro de ser arrollados por el ejército norteamericano y que Japón no debería permanecer al margen. Sakamoto apuntó que si hubiera un batallón de marinos japoneses, la defensa de Manila podría romperse, las fuerzas independentistas de Aguinaldo encontrarían apoyo y la libertad de Filipinas estaría asegurada. Tras consultar, la sede militar de Taiwán respondió:

No es momento para gestionar asuntos en las regiones del sur según ideales. Para prevenir daños de guerra en Manila, no se involucre directamente en la [142] lucha. Proteja las vidas y propiedades de los residentes japoneses manteniendo estricta neutralidad²⁷⁰.

Una vez más, una propuesta de intervención, esta vez recomendada por un japonés, no produjo ningún resultado concreto. Las complicaciones internacionales que se habrían precipitado por el envío de fuerzas militares japonesas a Filipinas eran temidas por quienes estaban en el poder en Japón. La debilidad financiera de un Japón que acababa de combatir su primera guerra moderna también estaba clara, así como el deseo de embarcarse lo más rápidamente posible en el desarrollo económico y explotación de Taiwán. Así, a pesar de los esfuerzos de un agente japonés, no había llegado ninguna ayuda japonesa y la actitud del gobierno japonés sólo se podía describir como correcta y estudiada». Sin embargo, tanto el incidente del «Kongô» como la piratería de Sakamoto dieron un impulso significativo a la imagen y leyenda del apoyo japonés a la libertad de Filipinas, y en la excitación que rodeaba a los heroicos pero trágicos levantamientos filipinos de los años 90, la realidad del fracaso japonés de ayudar a los revolucionarios se hizo evidente.

En agosto de 1898, Mariano Ponce fue enviado a Japón para intentar asegurar apoyo militar para la causa independentista y reconocimiento diplomático para el gobierno provisional del general Aguinaldo. Los resultados de Ponce fueron mínimos. Sin embargo, la opinión pública de Japón en 1898 parecía favorable a los filipinos. La mayoría de los periódicos publicaban editoriales simpatizantes. Líderes con influencia como Ôkuma e Ito defendían la autodeterminación de las Filipinas. Organizaciones cívicas privadas y partidos políticos daban apoyo a las fuerzas de Aguinaldo. Sin embargo, como se señala a continuación, aparte del apoyo verbal, no se consiguió ninguna acción concreta.

Los factores que crearon en Japón un clima de opinión favorable a las peticiones de Ponce son evidentes. Como un novato en el mundo de la política internacional de poder y en particular en el fenómeno de la realpolitik fines del siglo XIX, Japón estaba deseoso de afirmar su identidad nacional. Sólo España había protestado contra la anexión de Taiwán tras la guerra sino-japonesa. Así, el apoyo a los filipinos fue una oportunidad de oro para la venganza. Pescar en las turbulentas aguas filipinas podría quizás servir para perturbar a los intervencionistas de 1896 -Francia, Alemania y Rusia- cuyas presiones conjuntas habían obligado a Japón, de manera humillante, a revisar el tratado con China y a devolver la preciada península de Liaotung. El orgullo japonés también [143] había sufrido por lo que la Oficina de Relaciones Exteriores consideraba una actitud hostil de los Estados Unidos y España al no invitar a Japón a participar en las negociaciones de paz que precedieron la firma del Tratado de París, y el Ministro japonés en Washington incluso llevó a cabo una protesta oficial. Además, debido al largo y agrio debate del Senado sobre la ratificación del tratado, ni Japón ni ningún otro país podía al principio asegurar que Estados Unidos asumiría, de

²⁷⁰ Irie Toraji, *Meiji Nanshinshikoo* (Notas de la historia de la expansión del sur durante el periodo Meiji); Ida Shoten. Tokio 1943, p. 198.

hecho, la soberanía de las Filipinas, y Japón no pensaba permitir a una potencia europea que llenara el hueco español.

Otro elemento que, casualmente, parecía beneficiar a los revolucionarios filipinos era el deseo de los líderes japoneses de obtener ventajas políticas tanto fuera como dentro del gobierno al hacer declaraciones favorables a la causa rebelde. La historia política de la primera década del funcionamiento de la dieta japonesa bajo la Constitución de 1889 había sido muy turbulenta. Sólo el breve periodo de la guerra sino-japonesa había favorecido un alto en la lucha entre los de «fuera» y los de «dentro» -los oligarquistas del gobierno Meiji y los llamados liberales del Congreso-. Consiguiendo apoyo para las fuerzas del general Aguinaldo, los liberales que apoyaban a su vez al revolucionario chino Sun Yat-sen esperaban avergonzar al gobierno por su fracaso en seguir una política exterior más agresiva. Por su parte, el gobierno, a través de declaraciones favorables de funcionarios de alto rango quería aclarar su intención de seguir políticas «positivas» y de no ser negativo como en el caso de la triple intervención. Sin embargo, todo los comentarios públicos de personas como Ôkuma o Ito o sus secretos intercambiados con el confiado Mariano Ponce, y toda la efusiva propaganda con la que los japoneses habían rodeado su apoyo a la causa independentista filipina no se contradicen con la realidad de la falta de una ayuda significativa a los revolucionarios.

El limitado apoyo aportado a las fuerzas filipinas por los pocos soldados japoneses que habían llegado a las islas sólo fue posible gracias a los esfuerzos extraoficiales de una banda pequeña de shishi, que se vieron obligados a llevar a cabo sus tareas en secreto. Su participación en los asuntos filipinos no estaba sancionada por el gobierno y, de hecho, podrían haber intentado ridiculizar al gobierno japonés y apoyado los esfuerzos filipinos. Esta última suposición puede comprenderse mejor haciendo referencia a uno o dos de los japoneses más interesados por el lado filipino en la guerra americano-filipina.

La principal figura responsable del reclutamiento de estos pocos soldados de fortuna, veteranos de la guerra sino-japonesa que de hecho prestaron servicio en Filipinas, fue Nakamura Yaroku (1854-1929). Oriundo de la prefectura de Nagano, Nakamura había sido profesor de alemán en la escuela de Tokio de lenguas extranjeras y, desde 1879 hasta 1886, estudiante de silvicultura en Alemania, donde se graduó de la escuela de Munich de Dendrología. A su vuelta de Alemania, Nakamura fue contratado por el Ministerio de Agricultura como [144] especialista en silvicultura y a su vez fue profesor de la escuela de Tokio de ingeniería forestal. Su carrera política comenzó con su elección al parlamento bajo la Constitución Meiji cuanto obtuvo un escaño por Nagano, que continuó ocupando a pesar de sus frecuentes cambios de afiliación política.

Nakamura era tradicionalmente un miembro activo de la oposición, activo en la fundación de partidos anti-gubernamentales como el Mintô, el Dômeiseisha, el Kakushin Club, el Shimpotô, el Kensetô y el Club Chuô. Todos estos grupos defendían como principio general el respeto a la Familia Imperial, la protección a la Constitución Meiji, las responsabilidades del gobierno frente a la Dieta y una política exterior agresiva. En resumen, era una forma peculiar de liberalismo nacionalista que caracterizó a la oposición japonesa durante los 90 y que encontró a hombres como Nakamura activamente involucrados en movimientos revolucionarios semejantes en China, Corea y Filipinas.

Los propios intereses de Nakamura se extendían incluso hasta Siam, donde, por miedo a que Gran Bretaña y Francia colonizaran este país, encabezó una misión japonesa tras la guerra sino-japonesa por iniciativa propia. Aunque el tratado que se acordó entre el partido de Nakamura por una parte y los Ministros de Interior, Agricultura y Asuntos Exteriores de Siam por otra nunca se ratificó. Esto fue no sólo un ejemplo significativo de piratería shishi en política exterior, sino también en línea con los intereses previos de Nakamura de una unión de los asiáticos para prevenir la dominación blanca.

Además, al volver a Japón desde Siam, en Hong Kong, fue cuando Nakamura entró en contacto por primera vez con revolucionarios filipinos, donde el encargado de negocios japonés le presentó a miembros del grupo independentista. Éstos informaron a Nakamura sobre el carácter opresivo del gobierno español y sobre los preparativos en marcha para una revuelta con la que esperaban liberarse del yugo español. Al escuchar la situación y sus planes, Nakamura los alentó y prometió su apoyo incondicional.

Cuando, tras su vuelta a Japón, Nakamura se puso en contacto con el representante de Aguinaldo, Mariano Ponce, que se había establecido en Yokohama, los dos hombres determinaron tratar de conseguir los servicios de algunos militares japoneses para ayudar a los rebeldes filipinos. Además de Nakamura y Ponce, los principales consultores para estas actividades fueron Sun Yat-sen, que había hecho de intermediario originalmente entre Nakamura y Ponce, Miyazaki Torazo, íntimo de Sun y profundamente involucrado en el movimiento revolucionario chino, Hayashi Masabumi, un shishi de Nagano como Nakamura y uno de sus colaboradores más cercanos, y Hara Tei, un capitán japonés también de Nagano, cuyo padre y tío habían estudiado chino con el padre de Nakamura. Tras una serie de reuniones clandestinas y de negociaciones, se decidió que Hará, cuatro militares japoneses reclutados por él personalmente y Hirayama Shû (1879-1940), que tenía que actuar como agente [145] político representante de Nakamura ya que él no podía ir por padecer diabetes, iría como avanzadilla a Filipinas. Inmediatamente después, Hayashi Masabumi junto con tres militares los seguiría con un cargamento de armas y munición.

El 14 de junio de 1899, Hirayama Shû, Hara Tei y sus cuatro colegas militares navegaron desde Nagasaki a Manila vía Hong Kong. Llegaron a Manila en la segunda quincena de junio, y con la ayuda de un japonés local llamado Taoawa, el mismo hombre que había organizado la reunión entre los Katipuneros y el comandante del «Kongô» en 1896, alquilaron una habitación y esperaron la oportunidad de unirse a los rebeldes. La vigilancia norteamericana dificultaba el viaje de Manila a la sede de las fuerzas de Aguinaldo. Finalmente, vestidos con ropa indígena filipina y siguiendo un camino alternativo los seis hombres consiguieron reunirse con el ejército independentista. Aunque fuentes japonesas y filipinas están de acuerdo en que la aparición de los seis japoneses fue un estímulo para la moral de los rebeldes, sigue siendo dudoso en qué medida Hara y sus compañeros combatieron. Según el Profesor Marius Jansen, «tuvieron una experiencia inútil y miserable».

George H. Enosawa describió detalladamente a dos de los miembros del comando formado por cinco militares²⁷¹:

Hara Tei nació en Samato en 1864, Nishiharachika-mura, Kamiina-gun, Prefectura de Nagano, situado al pie de los Alpes Japoneses. La familia Hara se estableció allí unos 600 años antes y durante más de diez generaciones siguió la profesión médica. Debieron disfrutar del profundo respeto de sus conciudadanos, ya que se les llamaba Yumin-sama, cuyo significado literal es el salvador de las personas. El coronel Hara, sin embargo, no heredó la profesión familiar sino que ingresó en la Academia Militar Imperial para hacerse oficial. Se graduó con honores de la academia en 1885 y se le dio el empleo de teniente de artillería de la Guardia Imperial. Su primer combate tuvo lugar durante la guerra sino-japonesa, donde demostró su bravura como soldado.

En 1899, cuando el Ejército independentista filipino, bajo el mando del general Aguinaldo, se opuso a los norteamericanos él era capitán de artillería de la Guardia Imperial. Por su parentesco con

²⁷¹ Segundo coronel de artillería Inatomi Asajiro, segundo coronel de artillería Nishiuchi Shintetsu, sargento Miyai keizo, y primer sargento de artillería Nakamori Saburô.

el capitán, el Dr. Nakamura le instó a mandar a los voluntarios japoneses en Filipinas y Hara, entonces capitán, [146] asintió. La dificultad sin embargo era cómo dimitir de un ejército que no conocía los éxitos y que habría detenido el proceso si hubiese tenido la más mínima sospecha de lo que estaba ocurriendo. Además, Hara tenía un brillante futuro en el ejército y no podía presentar ninguna razón a las autoridades para su dimisión.

Pero el joven capitán conseguiría su cometido. Para ello, comenzó a quebrantar la normativa militar, irritando a sus superiores y pronto pasó a la reserva. Habiendo conseguido su libertad, se fue de Japón secretamente, sin ni siquiera avisar a su familia. Luchó durante varios meses bajo el mando del general Mascardo, pero los filipinos fueron derrotados.

Tras la restauración de la paz, el capitán Hara volvió a Japón y se mantuvo en reserva durante varios años... Desde su partida para Filipinas en 1899 hasta seis meses antes de su muerte en 1933 no mencionó nada a su familia sobre su viaje a Filipinas. También se cuidó de no dejar ningún documento que pudiera demostrar lo que había hecho, ya que creía que sería perjudicial para las buenas relaciones entre los Estados Unidos y Japón.

El teniente Nakamori Saburô era uno de los subordinados del coronel Hara y también sargento mayor durante la guerra de independencia filipina. Como Hara, también perteneció al regimiento de artillería de la Guardia Imperial. Nació el 28 de septiembre de 1871 en Kataoka-mura, Shioya-gun, Tochigi. A los veinte años ingresó en la escuela de formación militar para oficiales Kyododan. Tras graduarse, fue ascendido a sargento e ingresó en la Guardia Imperial. Nakamori también era un veterano de la guerra sino-japonesa y al ingresar en el ejército filipino fue sargento mayor en la compañía del sargento Hara.

Cuando Hara decidió dejar el servicio activo para participar en la guerra de independencia filipina convenció a Nakamori para que hiciera lo mismo. Según la Sra. Hyakii Nakamori, su viuda, éste no le contó nada salvo que se iría del país durante algún tiempo. Nakamori siguió a Hara a Filipinas y se unió al ejército del general Mascardo.

Quizás el aspecto más interesante e informativo de estas historias es la piratería de Hara y Nakamori. No sólo sus actividades eran totalmente ajenas al gobierno, si no que ambos hombres escondieron sus intenciones de las autoridades japonesas. Ciertamente Enosawa, al escribir su historia para la prensa filipina en 1940, en plena euforia propagandística japonesa, quería exagerar el apoyo japonés a la causa de la independencia filipina. Sin embargo, su descripción del celo con que se llevaron a cabo estas actividades y las medidas de precaución tomadas para evitar que las conociese el gobierno japonés es correcta.

Mientras Hirayama y Hara y sus cuatro camaradas estaban de camino para unirse a Aguinaldo, Nakamura y Hayashi intentando, en secreto y activamente, conseguir un barco para transportar armas y municiones a Filipinas. Como resultado de una serie de largas negociaciones, Nakamura consiguió comprar [147] un anticuado barco de madera, el «Nunobiki Maru», que pagó con 38.000 yen de los intereses de Mitsui. Tras una serie de gastos adicionales para arreglar el barco, y sin conocimiento de los japoneses ni de los americanos, el «Nunobiki Maru» salió del puerto de Nagasaki, el 19 de julio de 1899, para Casiguran, en la costa noreste de la isla de Luzón. A bordo, además de Hayashi y tres militares japoneses, iba un capitán, el ingeniero jefe, la tripulación completa, un piloto filipino y un tal Manuel Paroginog. El barco transportaba fusiles, cañones, pistolas y seis millones de cartuchos, todo ello camuflado. El fin del viaje y seguramente también la culminación de los esfuerzos del shishi en ayudar a los rebeldes filipinos llegó dos días más tarde. En 21 de julio el viejo barco se hundió en la costa de China en una tormenta.

Así finalizaron estos breves, insignificantes y algo ridículos intentos de un pequeño grupo de activistas japoneses de apoyar sustancialmente la causa filipina independentista. Una vez más, es

importante resaltar que estas acciones no estaban sancionadas, ni tampoco contaban con el apoyo del gobierno japonés, pero fueron llevadas a cabo por personas que no sólo se oponían al gobierno, si no que buscaban ridiculizar al gobierno por lo que los shishi creían que era una débil política exterior. La postura oficial del gobierno japonés, tanto de palabra como de hecho, continuó siendo «estudiadamente correcta». Las expresiones personales de líderes políticos japoneses simpatizantes de la causa filipina e incluso declaraciones públicas no se tradujeron a acciones oficiales. De hecho, ocurrió lo contrario y el gobierno japonés dio a conocer a través de canales diplomáticos que «Japón... menospreciaba todo interés en las Filipinas si los Estados Unidos proponían la adquisición». Menospreciar todo interés una vez el senado norteamericano hubiera ratificado el Tratado de París significaba condenar a los revolucionarios filipinos a la derrota. De hecho, en agosto de 1898 uno de los agentes de Hong Kong avisó al mismo Aguinaldo de que la ayuda japonesa al bando filipino era dudosa, especialmente si se hacía contra los Estados Unidos. Sin apoyo significativo externo, la causa de los independentistas contra el poder del ejército americano era, por supuesto, imposible.

Quizás una de las mejores explicaciones de la realpolitik de los oligarcas del régimen Meiji respecto a su estrategia «correcta» en la precaria situación filipina la ha dado la profesora Hilary Conroy²⁷²:

Los oligarcas estaban jugando el juego de la diplomacia según el estilo aprendido de los occidentales, práctico, con cuidado y realismo. Así, habían aproximado a Japón al borde del éxito: revisión del tratado, un lugar al sol para Japón y, reconocimiento como estado occidental moderno. Las causas y cruzadas, ya fuesen liberales o reaccionarias, eran anatema para ellos. [148]

Debido a sus recientes esfuerzos en la guerra sino-japonesa, Japón se debilitó militarmente con rapidez. Pero más significativo fue el deseo del gobierno japonés de consolidar las ganancias diplomáticas referidas por la profesora Conroy, de asegurar a sus potencias «hermanas», especialmente a Gran Bretaña, con quien una asociación estaba en marcha, que Japón no era un peligro para la paz internacional y que la guerra sino-japonesa se había limitado a afianzar la seguridad japonesa en la región, donde sus intereses nacionales se habían visto amenazados. También era importante el deseo japonés de mantener y aumentar los lazos amistosos con los Estados Unidos. Habían sido los Estados Unidos los que habían abierto Japón al mundo moderno, también quienes habían jugado un papel importante en el fomento de la revisión de tratados desiguales, que era lo que más deseaba el gobierno Meiji. Además, la introducción de Estados Unidos como potencia amiga de Japón en la región asiática podría actuar como equilibrador en las relaciones con países como Francia, Alemania y Rusia.

Como indiqué al principio, esperaba que esta conferencia ofreciese una evaluación del papel de Japón en la revolución filipina en términos de las escuelas de «apropiación» y de «redención». Ahora debería estar claro que el curso de los sucesos no se puede considerar dentro de ninguna de estas categorías. También está claro que los «apropiacionistas» y los «redencionistas» interpretaron los sucesos en sus propios términos. Para los filipinos, el interés que demostró el gobierno japonés durante la revolución filipina y la presencia de japoneses en la isla es prueba suficiente de los designios japoneses sobre el territorio filipino. Para los «redencionistas» filipinos, la evidencia del apoyo japonés a la independencia filipina era, cualquiera que fuesen los hechos, indiscutible. Para

²⁷² «H. Conroy, *The Japanese Seizure of Korea: 1868-1910*, University of Pennsylvania Press, Filadelfia 1960. p. 235.

los «redencionistas» japoneses, las decepciones de sus propios intentos magnánimos sólo sirvieron para convencerlos de que, para utilizar una frase americana, los diplomáticos de «pantalones rayados» eran sus enemigos implacables y no comprendían la misión japonesa de liberar el Asia colonial.

Así, en una situación donde el gobierno japonés había actuado con rectitud internacional, surgieron las imágenes y leyendas que iban a afectar profundamente los futuros contactos entre las Filipinas y Japón, incluso los actuales. El gobierno japonés no tenía ningún interés en la adquisición de un grupo de islas remotas que serían seguramente una carga política y estratégica. Además, como Estados Unidos, un país considerado amigo de Japón, sucedería a España, había incluso menos posibilidades de preocupación. A su vez, los líderes japoneses del cambio de siglo, a pesar de sus flaquezas, no eran quijotescos y nunca hubieran involucrado a Japón, en una era caracterizada por el colonialismo mundial, en una causa perdida como la nacionalista. Así, había consideraciones más amplias -revisión de tratados, los intereses japoneses en Corea, la [149] aceptación de Japón en los círculos occidentales- que moldearon el papel oficial de Japón en la revuelta filipina. En efecto, el realismo más que el idealismo configuró la política japonesa hacia los revolucionarios filipinos. Sin embargo, el idealismo, o más correctamente el idealismo romántico, ha creado una imagen y una leyenda sobre el papel de Japón en las Filipinas.

Traducción del inglés: Beatriz Pont

[151]